



Tras el telón de terciopelo rojo

Berta Joven Romero. Salamanca. 17 años

La fascinación que Berta siente por el teatro se transmite en este cuento. ¿Qué ocurre cuando se baja el pesado telón de rojo terciopelo? A través del personaje de Miguel, un niño de once años, Berta nos descubre una historia apasionante, una de tantas que se ocultan tras cualquier telón.

Tras el telón de terciopelo rojo

Berta Joven Romero

El agua de los charcos salpicaba sin piedad las botas nuevas de Miguel, quien comprobaba su resistencia a la lluvia saltando alegremente de un lado a otro de la calle. Corría como alma que llevara el diablo y le rogaba a Dios que aún no fuese demasiado tarde y su abuela no estuviera esperándole ya en la puerta con la mano preparada para darle un capón por haberse retrasado. Era ya noche cerrada y los comercios cerraban las trampillas de sus escaparates. Todo el mundo iba de un lado para otro bajo una inmensa cubierta de paraguas sin percatarse de la presencia de aquel chiquillo delgaducho que corría entre charcos sin ni siquiera una triste capucha que le tapara la cabeza.

Sólo cuando Miguel se detuvo ante la puerta del gran teatro de la ciudad se dio cuenta de que sus rizos castaños se habían empapado y le caían sobre los ojos dejando que el agua de la lluvia resbalase sobre sus mejillas. Se retiró el pelo de la cara y respiró hondo, decidido a entrar. Su abuela no estaba esperándole, así que se dirigió hacia la puerta lateral por la que se accedía al interior del pequeño cuarto que hacía las veces de taquilla, y la sorprendió mientras se afanaba en contar billetes y monedas sobre la mesa. Sus gafas de media luna resbalaban sobre su nariz y se libraban de caer al vacío gracias a un cordón que las unía a su cuello.

—¿Ya estás aquí? Casi no te he sentido entrar —le dijo a su nieto sin separar la vista de la recaudación del día.

—He venido corriendo, se me ha hecho tarde jugando al baloncesto —La anciana interrumpió sus quehaceres para dirigir una mirada reprobadora a su nieto, pero cuando vio el estado en el que se encontraba, se olvidó de pronto de la reprimenda y profirió una exclamación de asombro.

—¡Pero qué has hecho! ¡Se puede saber dónde te has metido para calarte así!

—Es que estaba lloviendo... —respondió Miguel tímidamente.

—¿Y no podías haber pasado por casa a buscar un paraguas?

—¡Ya te lo he dicho! Llegaba tarde.

—¡Dios mío! Pero ¿qué voy a hacer contigo? No tienes remedio —La abuela se dio la vuelta y se agachó con dificultad rebuscando entre los cajones de su mesa—. Y encima te has ensuciado las botas nuevas... seguro que has venido pisando todos los charcos —Miguel enrojeció levemente al verse descubierto por su abuela y bajó la mirada para seguir escuchando la regañina. Su abuela sacó una pequeña toalla de mano y comenzó a secarle el pelo con fuerza, tratando inútilmente de quitarle un poco de humedad.

—Tengo frío.

—No me extraña, estás empapado —La señora retiró la toalla de la cabeza de su nieto tras los restregones y suspiró con resignación—. Aún me queda mucho trabajo, Miguel. Tengo que ajustar el dinero de las entradas y calcular cuántas quedan. Mañana se va a representar una obra muy importante, que lleva más de veinticinco años sin ver el escenario, y mi jefe me ha ordenado que reserve otras tantas para más autoridades que han decidido venir a última hora. Pero, ¡tú no puedes quedarte así! Vas a pillar un resfriado —La abuela de Miguel permaneció unos segundos pensativa, buscando una solución, mientras su nieto, hecho una sopa, tiritaba sin cesar—. ¡Ya sé lo que podemos hacer! Vete a buscar a Jonás, que estará revisando el escenario y pídele una manta. Pero ¡corre! date prisa antes de que te enfríes.

Miguel obedeció a su abuela y salió por la otra puerta que daba al recibidor del teatro. Alzó la mirada para contemplar la gran lámpara de cristal que se encontraba justo encima de su cabeza, en el gran recibidor, y contuvo la respiración al verse reflejado en los cientos de pequeños cristales que brillaban ante la profundidad de sus ojos oscuros. Pestañeó varias veces y continuó corriendo por el teatro, empujó con fuerza la gran puerta de entrada al patio de butacas, decorada ricamente con motivos rojos y dorados, y atravesó velozmente el pasillo hasta llegar al

escenario. Una vez allí se dio la vuelta para admirar a un público inexistente que aplaudía sin cesar en su imaginación, y se sobrecogió al comprobar la inmensidad de butacas que se extendían ante él. Se giró nuevamente y dio un salto para subirse al escenario. El elegante telón de terciopelo rojo se hallaba abierto, y pudo contemplar así la totalidad de la escena. El suelo de parquet brillaba limpio y pulido y no había sobre él una sola mota de polvo. La compañía de teatro que representaba su obra al día siguiente aún no había colocado el decorado y, por tanto, el escenario se hallaba completamente vacío. Miguel cerró los ojos y sonrió, disfrutando de la sensación de sentirse solo en medio de aquella inmensidad. Aquel gran teatro, que había albergado en su interior al público más variopinto, y cuyo escenario había acogido durante años las más diversas representaciones, se había rendido ante él, un niño de apenas once años, y nada ni nadie podía estropearle aquel momento.

De pronto, una sacudida de su propio cuerpo helado le devolvió a la realidad. Estaba tiritando y, a pesar de que había olvidado la razón por la cual había llegado allí, el frío que le había ido calando entre los huesos se la recordó. Miguel caminó por el escenario y se dirigió hacia las cortinas que esconden el espacio en el que se encuentran los actores antes de salir a escena. Suponía que Jonás, el encargado de mantenimiento del teatro, estaría merodeando por allí como siempre, entre bambalinas, revisando las luces y la tramoya antes de la función. Sin embargo, no respondía a la llamada de Miguel a pesar de que éste se estaba recorriendo toda la parte trasera del escenario en su busca. Finalmente, cuando el niño ya estaba a punto de darse la vuelta para volver con su abuela, divisó al anciano, sentado en un rincón que servía de almacén, mientras contemplaba absorto unos papeles.

—¡Jonás! Menos mal que te encuentro —dijo Miguel alegremente mientras se encaminaba hacia él. Jonás continuó leyendo, ignorando al chico que trataba por todos los medios de reclamar su atención.

—¿Jonás, me estás escuchando? —le dijo zarandeándole sua-

vemente por el hombro. El movimiento de Miguel consiguió el efecto deseado, y Jonás se volvió para mirarle.

—¿Qué quieres? Ahora no puedo jugar contigo, Miguel, ¿no ves que estoy ocupado? —le contestó duramente.

—No es eso... es que me he mojado cuando venía hacia aquí, y mi abuela me ha dicho que viniera a pedirte una manta —respondió tímidamente.

—Es cierto, ¡estás calado hasta los huesos! Ahora mismo voy a por algo con lo que puedas secarte —Jonás se levantó, dejando los papeles sobre la silla, atravesó la cortina despacio y se dirigió hacia las dependencias internas del teatro con aquel caminar lento y sosegado que le caracterizaba.

Lo cierto es que Jonás era un buen hombre. Era muy tímido, y dedicaba sus pocas palabras al teatro, a quien regalaba cada segundo de su vida sin el más mínimo reproche. No se le conocían familia ni amigos, y su pasado permanecía oculto bajo un impresionante telón de terciopelo rojo. Sin embargo, a pesar de su reserva, no solía ser áspero con la gente, y mucho menos con Miguel, la única persona capaz de arrancarle más de un monosílabo seguido. Entre los dos siempre había existido una buena relación en la que las palabras a menudo se volvían innecesarias, y las miradas y gestos en silencio se convertían en su mayor nexo de unión. Por esa razón, Miguel había detectado cierta crispación y nerviosismo en su voz, y no pudo evitar pensar que sin duda se debía al contenido de aquellos papeles. Miguel sabía que Jonás no aprobaría ni la más mínima intrusión en su intimidad, pero el niño estaba preocupado por lo que pudiera sucederle, y convencido de que si no lo averiguaba por sí mismo, Jonás nunca se lo contaría. La curiosidad reemplazó al frío hasta en el último resquicio de su ser y, arriesgando la confianza que Jonás había depositado en él dejando los papeles encima de la silla, Miguel alargó su mano y los atrapó entre sus dedos entumecidos.

Se trataba del libreto de una obra de teatro que, a juzgar por su aspecto, debía de haberse estrenado hacía lo menos treinta

años. Las páginas estaban arrugadas y en tan mal estado que apenas se apreciaban con claridad los diálogos de los personajes. Debajo del libreto había más hojas con anotaciones totalmente ilegibles y algunas partituras. Miguel estaba hojeando de nuevo la obra de teatro, titulada *Mil años de silencio*, cuando notó que una mano fría, mucho más fría que la suya, se cerraba poco a poco en torno a su cuello. El chico soltó todo lo que tenía en las manos y gritó con todas sus fuerzas. Una mirada impasible fue lo único que obtuvo por respuesta. Jonás le observaba enfurecido y con un sorprendente rastro de temor en sus ojos.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó Miguel cuando hubo descubierto la presencia del encargado de mantenimiento a sus espaldas.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te entrometas en mis cosas? —le reprendió Jonás, y, al instante, Miguel percibió una espiral de sentimientos hasta entonces desconocidos en su amigo. Sólo le bastó una mirada para saber que la duda, la inseguridad y el miedo estaban convirtiendo a Jonás en una persona vulnerable, en un muro que se resquebrajaba por momentos y que incluso un niño sería capaz de saltar.

—¿Qué te pasa, Jonás? —le preguntó suavemente—. Estás muy raro.

—No me pasa nada, es sólo que no me gusta que un mocoso figsonee entre mis papeles.

—Lo siento mucho, no sabía que eran tan importantes para ti, aunque sé que eso no es lo único que te preocupa. Será mejor que vuelva con mi abuela, seguro que ya ha terminado con la recaudación —dijo Miguel, y se dio la vuelta cabizbajo y dolido por la excesiva dureza de Jonás.

—¡Espera un momento! —exclamó cuando Miguel ya había atravesado la cortina—. Te dejas la manta —El chico se había dado la vuelta con la esperanza de que su amigo hubiera cambiado de opinión y se decidiese a contarle de una vez qué le estaba pasando, pero cuando vio su brazo extendiéndole una suave y cálida manta, sus esperanzas se desvanecieron y retomó su

camino.

—Tienes razón —dijo de pronto Jonás, y Miguel se volvió nuevamente sorprendido—. ¿Sabes? Creo que son demasiados recuerdos para guardarlos yo solo.

Apenas unos segundos después, Miguel ya se había cubierto con la manta y acomodado en el suelo, mientras Jonás, sentado en su silla, ordenaba sus cosas. Cuando la voz grave y profunda del hombre comenzó a deslizarse entre bambalinas, el escenario ya se había hecho eco de ella mucho tiempo atrás.

—¿Has visto el cartel de la entrada? Sólo queda un día para que se represente *Mil años de silencio* —Miguel negó con la cabeza, había venido corriendo tan deprisa que apenas se había fijado en nada que no fuera la lluvia que le caía con fuerza sobre el rostro—. Tu abuela tiene vendidas todas las entradas desde hace una semana porque hay gente que lleva esperando treinta años para volver a ver esa obra.

—No sabía que fuera tan famosa.

—Eso es porque todo ocurrió cuando tú aún no habías nacido, pero tu abuela y yo ya llevábamos trabajando aquí un tiempo. En aquella época, un autor joven y desconocido luchaba por hacerse hueco entre los grandes dramaturgos de la época con esfuerzo y mucho trabajo. Después de unos años actuando en pueblos perdidos en la montaña y en pequeños auditorios de barrio, llegó hasta aquí. Aún no era demasiado conocido, y la ciudad entera se preguntaba por qué tanta publicidad para el estreno de su nueva obra en el gran teatro. Al principio las entradas se vendían despacio, pero la presión de los grandes empresarios teatrales y del propio director, hizo que poco a poco se agilizaran las ventas y que tu abuela colgase el cartel de “No hay entradas” una semana antes del estreno. La expectación que había causado este joven autor, Ignacio Sarasola, era totalmente inusual, pero los éxitos que había cosechado anteriormente entre el pueblo y la confianza que en él había depositado la élite cultural de la ciudad, cautivada totalmente por su historia, le avalaban. La verdad es que todo el mundo esperaba impaciente el estreno ante

la promesa de poder contemplar la mejor obra de aquella temporada y probablemente de muchas otras. Sin embargo, Ignacio Sarasola no estaba nervioso, ni tan siquiera asustado por la presión del público. Simplemente, se sentía satisfecho con su obra, y pretendía compartir su historia con el resto del mundo de la mejor manera que sabía hacerlo, sobre un escenario. Y le daba igual representar su obra en el ayuntamiento de su pueblo o en el gran teatro de la ciudad, pues mientras notara el calor del público bajo sus aplausos, sentía que no le era necesario nada mejor.

Ignacio Sarasola escribía con humildad, y la sencillez que emanaba por cada uno de sus poros se veía impregnada en cada una de sus palabras, dotándolas de un estilo personal y único, completamente inimitable. Aunque, a decir verdad, esa originalidad y frescura no se habría transmitido en sus obras de no ser por Blanca.

—¿Blanca? —preguntó Miguel intrigado, completamente metido en la historia.

—Blanca —Esta vez, la voz de Jonás se convirtió en un susurro que pasó inadvertido para el silencio—. Para que tú lo entiendas, Blanca era la chica que le gustaba a Ignacio Sarasola, la mujer por la que habría dado la vida si hubiese sido necesario. Ella era la persona más dulce y valiente que hubiera podido inventar para ninguna de sus historias, mucho mejor que cualquier personaje ficticio de la literatura. Viajaba siempre con Ignacio de pueblo en pueblo y ayudaba al equipo técnico en todo lo que podía. Arreglaba el vestuario de los actores y reparaba el decorado cuando era preciso. Su amor por Ignacio le había llevado a descubrir el teatro y a aprender a quererlo con casi la misma intensidad y pasión que a su novio. La sola presencia de la mujer y su apoyo incondicional inspiraban al autor, y le proporcionaban la fuerza necesaria para ver la luz al final del túnel. Ella le infundía la dosis de ternura y emoción precisa para cada uno de sus personajes, logrando un equilibrio perfecto de sensaciones.

Sin embargo —y el rostro de Jonás se ensombreció antes de pronunciar las siguientes palabras—, Blanca enfermó poco antes del estreno. Su salud se quebró de repente, y ni siquiera los médicos supieron darle una explicación. Ignacio Sarasola movió cielo y tierra en busca de una cura para su mal, pero nadie fue capaz de ofrecerle una solución. Deseaba con todas sus fuerzas tener en sus manos el poder para cambiar el rumbo de su propia historia, pero poco a poco tuvo que ir aceptando que Blanca se convertiría pronto en un recuerdo que ni siquiera él sería capaz de inmortalizar con palabras. La noche del estreno llegó mucho antes de lo esperado para Ignacio Sarasola, que confiaba en que tal vez el tiempo se detuviese y pudiera atrapar la vida de Blanca antes de que el viento la arrastrara para siempre al lugar donde guarda las vidas rotas. Faltaban sólo unas horas para que llegara el momento que toda la ciudad había esperado impacientemente, y Sarasola aguardaba con paciencia, sentado en el borde de la cama de Blanca, a que llegara la hora de marcharse al teatro. El estreno desempeñaba ahora un papel secundario en su vida, y sentía que el éxito o el fracaso que pudiera cosechar esa noche no tendrían ningún sentido si no podía compartirlo con Blanca. Momentos antes de marcharse, ella le extendió su mano y le entregó un pequeño objeto envuelto en un pañuelo. Él lo desenvolvió con cuidado y descubrió en su interior un pequeño amuleto de piedra azul en forma de media luna. Entre respiraciones forzadas, Blanca le contó que aquel amuleto había pertenecido a su familia durante generaciones, y que siempre habían confiado en él. Ignacio se lo colgó alrededor del cuello con la promesa de no desprenderse de él jamás y se encaminó hacia el gran teatro mientras acariciaba la piedra azul que ahora adornaba su pecho. La calle se hallaba repleta de gente que aguardaba a que se abrieran las puertas, y tu abuela y yo trabajábamos sin descanso para que todo estuviese listo para el gran momento. Ignacio Sarasola tomó la entrada que había reservado para Blanca y se acomodó en su butaca, junto a las autoridades, sin dejar de contemplar el asiento vacío. El amuleto le había proporcionado la fuerza necesaria para llegar hasta allí, y ahora solo le quedaba disfrutar de su propia obra, descansar de todo el

esfuerzo y trabajo que había invertido en escribirla y recoger en su retina cada resquicio de Blanca que habitaba en sus personajes. El teatro era un hervidero de gente que observaba con atención cada movimiento de los actores y respiraba al mismo ritmo con el fin de no perder ni por un instante el hilo de la historia. La caída final del elegante telón de terciopelo rojo supuso la irrupción de toda la sala en aplausos, una sala que se ponía en pie y lanzaba al aire gritos de júbilo y felicitaciones para la compañía de teatro. Sin embargo, a pesar del estridente ruido que había en la sala, de pronto se hizo un silencio en el interior de Ignacio. Los actores salieron a saludar entre los vítores del público que celebraba por todo lo alto el éxito del estreno, pero Ignacio Sarasola ya no pudo ver en sus personajes aquel tímido rasgo que les caracterizaba, aquella pincelada de carisma que había hecho que el público se levantase de sus asientos.

—¿Blanca había muerto? —preguntó Miguel tímidamente, a lo que Jonás asintió cerrando los ojos—. Tú... ¿les conociste?

—Así es, sobre todo a Ignacio Sarasola. O, al menos, eso creía. Después de su arrollador éxito desapareció sin dejar rastro —Jonás hizo una breve pausa, pero se vio obligado a continuar con la historia ante la premura de Miguel por conocer el final—. Le buscaron durante años, pero nunca lograron descubrir su paradero. No volvió a escribir, y su éxito el día del estreno permaneció en la memoria del público como un breve sueño —Jonás finalizó su relato justo a tiempo, en el mismo instante en el que la abuela de Miguel se asomaba tras la cortina y le reclamaba para volver a casa. El niño, arropado por la manta y las cálidas palabras de Jonás había olvidado por completo la sensación de frío, y lamentó tener que marcharse. Se despidió del encargado de mantenimiento, pero cuando ya se disponía a salir con su abuela éste le llamó una vez más.

—¡Espera, Miguel! Toma, es un regalo por haberme escuchado todo este tiempo —Dijo, y le entregó el libreto de la obra que había guardado durante treinta años. Miguel no daba crédito a lo que estaba sucediendo y, asombrado, lo tomó entre temblores de frío y nerviosismo, y no pudo evitar que se le cayera torpemen-

te al suelo. Jonás, riéndose, se agachó para recogerlos y, al doblar su cuerpo hacia delante, una cadena se desprendió de su pecho para bailar elegantemente en el vacío al ritmo marcado por una piedra azul en forma de luna.